

de Pitt, excepto él, que hubo de contentarse por aquella vez con promesas no más. Parece ser que la causa de su fracaso fué debida al recuerdo que conservaba muy vivo aún S. M. de ciertas palabras malsonantes pronunciadas por él en un debate parlamentario á propósito de las tropas hannoverianas; pero Newcastle y Pelham le aseguraron que harían cuanto pudieran para ir venciendo poco á poco el régio desagrado.

Nada tampoco descuidaba Pitt de cuanto fuera parte á facilitarle la entrada en el poder. Presentó la dimision del cargo que ocupaba en la servidumbre del príncipe de Gales, y al abrirse de nuevo las Cámaras empleó su elocuencia en apoyar al gobierno. Por su parte hacían los Pelham sinceros esfuerzos encaminados á disipar la mala voluntad del Rey, temerosos de no satisfacer á Pitt con promesas para lo porvenir, sabiendo que ni se le podía engañar fácilmente, ni ofender y quedar impune. Ni tampoco tenían interes alguno en corresponder sus servicios con palabras, porque los vínculos que los unían á todos eran poderosos y fuertes, y sus enemigos comunes. Los Pelham detestaban y temían á Granville, adversario animoso, elocuente y dominador, cuyas intrigas conocían, así como su influencia en el ánimo del Rey, sabiendo á saciedad que tan luego se presentara la ocasion propicia, su Majestad lo llamaria muy de su grado para ocupar el poder. Los tiempos, como se ve, no eran para restar, y deseando poner término á una situacion que se les antojaba y era en realidad violenta, empeñaron la batalla con el Monarca para saber si consentiria ó no en aceptar á Pitt en el gobierno. El momento lo escogieron con más acierto que generosidad, y fué aquel en el cual la Gran Bretaña se hallaba en plena

insurreccion, y el Pretendiente imperaba como dueño de la extremidad septentrional de la isla. Entónces ofrecieron las dimisiones de sus cargos, quedando el Rey abandonado de repente de las fuerzas todas del partido que asentó su familia en el trono. Trató Granville de formar gabinete; pero tardó poco en reconocer que la influencia de los Pelham era irresistible y que no podia el favorito contar con más de treinta lores y ochenta diputados de la Cámara baja. Desistió con esto, y se retiró riéndose del fracaso, y á seguida volvieron los ministros dimisionarios más fuertes que nunca, no quedando al Rey medio alguno de oponerse á sus pretensiones por contrarias que fueran á su voluntad; pero su Majestad se contentó con murmurar entre dientes que se le hacía duro sufrir la ley del duque de Newcastle, cuando este personaje apénas si tenía condiciones para ser gentil-hombre del príncipe más insignificante de Alemania.

Los ministros no abusaron, sin embargo, de su victoria, y decidieron dar un puesto á Pitt que no lo pusiera en contacto frecuente con el monarca. Por eso, en vez de nombrarlo, como en un principio querian, ministro de la Guerra, lo designaron para el cargo de vicetesorero de Irlanda, trasladándolo á poco tiempo al de pagador general del ejército, empleo en aquella sazón de los más lucrativos del gobierno, no tanto por el sueldo como por los gajes á que daba derecho en cierto modo. Porque como tenían en su poder constantemente los titulares del oficio sumas cuantiosas que no bajaban nunca, ni en tiempo de paz, de cien mil libras esterlinas, y era de uso corriente que se apropiaran sus intereses, práctica que ni era secreta ni deshonrosa, de aquí el lucro y la ventaja. Pero aun cuando así se

hizo, ántes y despues de Pitt, por personas que gozan fama de indisputable probidad, es lo cierto que se negó él resueltamente á percibir un solo céntimo que no fuera de su haber legal. Además, aquellos príncipes extranjeros que la Inglaterra subvencionaba, tenían tambien costumbre de gratificar al pagador general, con lo que sus emolumentos acrecían de un modo considerable; mas tampoco quiso Pitt aceptar estos tratos.

Raro era en aquel tiempo tamaño desinterés, y por tanto sorprendió en extremo á los hombres políticos, excitando la mayor admiración en las masas, y siendo parte á que, á pesar de sus inconsecuencias y del contraste singularísimo que ofrecía su violencia en la oposicion y su calma sumisa en el poder, se granjeara la confianza del país. Esto es natural, despues de todo, porque las razones que puedan llevar á un hombre político á cambiar de actitud ó á separarse de su línea de conducta son las más de las veces incomprensibles y oscuras; pero á los ojos de nadie aparece velado y misterioso el desinterés en materia pecuniaria. De aquí que ya todos consideraran á Mr. Pitt como á persona invulnerable, incapaz de cometer ciertas indelicadezas, y al abrigo de toda sospecha de corrupcion, atribuyendo sus faltas á errores de juicio, á resentimientos, ó á desafortadas ambiciones, pero no á codicia.

Ocho años pasaron así tranquilamente, ocho años durante los cuales la minoría, débil ya desde la caída de lord Granville, fué disminuyendo más y más hasta ser como si no fuera. En 1748 se celebró la paz con España y Francia; en 1751 murió el príncipe Federico, y con él desaparecieron hasta los últimos vestigios de oposicion: todos los políticos, así los

hombres distinguidos que sostuvieron á Walpole como sus adversarios, estaban reunidos bajo su heredero; la vehemencia y el fuego de Pitt no parecían, y estaban como reprimidos y velados; porque así aceptaba en silencio el sistema de medidas continentales que atacó poco tiempo ántes, como callaba en órden al tratado con España, por más que dejase á la Inglaterra en idéntica situacion que cuando pronunciaba sus tan violentos discursos contra la política pacífica de Walpole; como habia cesado de hablar descomedida é irrespetuosamente del Hannover por no incurrir en nuevo desagrado de S. M.; y aun cuando á intervalos brillaba su antigua elocuencia, eran cortos y fugaces á manera de relámpagos; cosa que sufría Pelham sabiendo con quién habria de luchar, y comprendiendo que bien podían tolerarse de tiempo en tiempo los caprichos de un aliado tan poco dócil al freno y tan capaz de hacer daño.

Dos hombres habia entónces no nada inferiores á Pitt en facultades intelectuales, si no le aventajaban, colocados como él en posiciones secundarias del gobierno. Era uno Mr. Murray, procurador general cuya poderosa razon, buen gusto y profunda variedad de conocimientos sobrepujaba con mucho á los de Pitt, y cuya elocuencia parlamentaria, si no tenía en ocasiones los arranques vigorosos de la de éste, permanecía siempre clara y serena, sin que jamás oscureciera su espléndida pureza la más leve nube. A nuestro parecer, no era inferior á Pitt bajo el punto de vista intelectual; pero carecia de las cualidades morales á que debió el futuro ministro su encumbramiento. Porque á Murray le faltaba la energía, el valor y la ambicion de intentar y exponerlo todo, que labra la fortuna de los grandes hom-

bres en tiempo de turbulencia; era frio, de carácter prudente hasta la timidez y de maneras tan graves y acompasadas que rayaban en tiesura; y como nunca quiso aventurar su porvenir ni exponer su nombre á contratiempos que le fuera licito evitar, aunque pudo cierta ocasion ser primer ministro, prefirió la magistratura y ser presidente del Tribunal Supremo; posicion que, si no era tan brillante como la otra, en cambio tenía para él la inapreciable ventaja del sosiego y de la seguridad, cosas todas que, á su parecer, no podian compensarse con ningun otro cargo por elevado que fuese.

El otro era Mr. Fox, á la sazón ministro de la Guerra, padre del varón eminente que hizo su nombre inmortal con sus esfuerzos poderosos en favor de la paz, de la justicia y de la libertad, favorito del Rey, del duque de Cumberland y de algunos de los individuos más influyentes de la camarilla directiva del partido *whig*. Sus dotes parlamentarias eran de primer orden; mas bajo muchos aspectos era su oratoria lo contrario de la de Pitt; su fisonomía, tal como nos la trasmitió el pincel de Reynolds y de Nollekens, si bien demostraba grande inteligencia, era tosca y adusta, y sus modales torpes, y su lenguaje vacilante y tardo, faltándole á veces las palabras; pero á pesar de tanto defecto, solamente su hijo consiguió aventajarlo en el talento de la discusión y en pericia en esa lógica firme, cerrada y poderosa que tanto conviene á las luchas parlamentarias, siendo en la réplica tan superior á Pitt, cuanto éste le aventajaba en la declamación. Y aun cuando intelectualmente la balanza estaba casi equilibrada entre los dos rivales, también por este concepto las condiciones morales de Pitt hacían que se inclinara en su favor. Cierto es que Fox poseía muchas virtu-

des, y que tenía mucha semejanza su talento y su carácter con el de su hijo, pues como él era bondadoso y afable, franco, de pasiones violentas, atrevido é impetuoso, y tan benévolo con sus amigos como fácil en perdonar las injurias; pero había sido por desgracia educado en mala escuela política, en una escuela que profesaba la doctrina de que la virtud política no es sino la coquetería de la corrupción política, de que cada patriota tiene su precio, de que no pueden marchar los gobiernos sino por medio de la corrupción y de que el Estado es y debe ser la presa de los hombres de Estado; máximas que se hallaban en boga entre los partidarios de segunda fila de Roberto Walpole, que á veces solía empeñarlos en esa conducta, y que á veces también solía empeñarse en observar la opuesta de una manera exagerada y chocante. La relajada moralidad de Mr. Fox en materia política ofrecía, por otra parte, singular contraste con la integridad un tanto pretenciosa de Mr. Pitt, siendo esto causa de que la nación desconfiara del uno cuanto se fiaba del otro; pero los hombres de Estado de aquel tiempo ignoraban todos que la confianza de la nación es elemento de la mayor importancia, y debido á esto, si mientras marcharon las cosas tranquilamente, si mientras no hubo ninguna oposición, si mientras todo dependía del favor de una camarilla que gobernaba en todas partes, Fox reunió ventajas sobre Pitt, cuando llegó la ocasión del peligro, cuando la Europa se agitó y perturbó con motivo de la guerra, cuando se dividió el Parlamento en bandos y fracciones, cuando la opinión pública estuvo violentamente sobreexcitada, el favorito de la nación ascendió á la cumbre del poder, y su rival se tornó en insignificante personaje.

A principios de 1754 murió repentinamente Pe-

lham, y el Rey al saberlo exclamó: «Ya no volveré á gozar un momento de tranquilidad.» Razon tenía para decirlo; porque Pelham había logrado reunir y mantener en la concordia á todos los hombres eminentes de la monarquía, y su falta dejaba vacante la posición más elevada y envidiable á que pueda un súbdito inglés aspirar, desapareciendo con él la influencia que había dirigido y sujetado al mismo yugo tantos hombres ambiciosos y turbulentos.

Ocho días después del fallecimiento de Pelham, se acordó poner al duque de Newcastle al frente de la Tesorería; mas no con esto quedaron terminados los arreglos. Porque ¿quién sería el ministro director en nombre del Rey de la Cámara de los Comunes? ¿Podía confiarse este cargo á un hombre de cuenta? Quien lo ejerciera ¿no pretendería y obtendría una participación de poder y de influencia mucho mayor de la que el de Newcastle pudiera estar dispuesto á darle? ¿Habría que contentarse con un hombre vulgar, dispuesto á todo, sumiso y obediente? Pero ¿era posible que un individuo de tales condiciones pudiera manejar una Cámara numerosa, fácil de agitarse y poblada de hombres aptos y expertos en lides parlamentarias?

Decía Pope del avaro sir John Cutler que «veía impasible desalquilarse sus casas y á éstas caer en ruinas, sin que intentara siquiera llamar á los albañiles,» (1) y así era el amor que tenía Newcastle al poder como el de Cutler al dinero, porque su avaricia obraba en daño propio, celosa de dos cuartos y pródiga de pesos duros, económica de lo necesario y disipadora después de lo que pudo ahorrarse. Si

(1) «Cutler saw tenants break and houses fall  
For very want: he could not build a wall.»

«el Duque hubiera podido decidirse á ceder una parte de su autoridad, es probable que hubiese asegurado la restante; pero no fué así, y prefirió formar un ministerio débil, deleznable, que se conmovía y temblaba con el menor impulso, y que sucumbió al empuje de la primera tempestad, mejor que pagar lo necesario para procurarse materiales duraderos y sólidos. Quiso encontrar quien se hiciera cargo de dirigir la Cámara de los Comunes bajo condiciones parecidas á las que aceptó treinta y cinco años antes de lord Sunderland el secretario Craggs, el cual no podía decirse que fuera ministro, sino lisa y llanamente procurador del ministro, á quien nunca se confiaban los grandes secretos del Estado, y que obedecía implícitamente las órdenes de su jefe, no siendo más que el hombre de lord Sunderland, para valernos de las palabras de Doddington. Pero los tiempos habían cambiado, y desde la época de Sunderland aumentado mucho la importancia de la Cámara de los Comunes; y como hacía ya largo tiempo que representaba en ella el primer ministro al gabinete, no era probable que un hombre dotado de los talentos necesarios para ocupar tan elevada posición se aviniera, como en otros, á suscribir las condiciones que le impusiera el de Newcastle.

Hallábase Pitt enfermo en Bath; pero, aún cuando hubiera estado en Lóndres y en buena salud, ni el Rey ni el duque de Newcastle le habrían hecho proposiciones; y como el sabio y prudente Murray estaba enteramente consagrado al ejercicio de su profesión, sin que nada fuera parte á distraerlo de él, se pensó en Mr. Fox, conduciéndose el primer ministro en aquella circunstancia, como en todas, con bajeza pueril, pues propuso al ministro de la

Guerra trasladarlo á la secretaría de Estado, con encargo de dirigir la Cámara de los Comunes, quedando al cuidado del primer lord de la Tesorería el manejo de los fondos secretos, ó, para decirlo con más claridad, la compra y el soborno de los diputados, aunque prometiendo tener al corriente á Fox de las operaciones del mercado de los votos.

Fox aceptó; pero al día siguiente Newcastle cambió de parecer, y la conversacion que tuvo lugar con este motivo entre Fox y el Duque, fué una de las más curiosas de la historia de Inglaterra. «Mi hermano, dijo el de Newcastle, no dió jamás cuenta á nadie del uso de los fondos secretos, y yo tampoco quiero dar cuenta de ello.» La respuesta era muy fácil, porque no solamente Pelham era primer lord de la Tesorería, sino director de la Cámara, y no tenía por tanto necesidad de confiar á ninguna otra persona la parte secreta de sus relaciones con los individuos del Parlamento.

Pero, replicaba Fox, ¿cómo podré dirigir la Cámara de los Comunes sino estoy al corriente de su historia secreta? ¿Cómo hablar á sus individuos si no sé quiénes han recibido gratificaciones y quiénes no? Y, además, ¿quién dispondrá de los destinos?

—Yo,—le contestó el duque.

—Entonces; ¿cómo dirigiré la Cámara?

—Diciendo á sus individuos—concluyó el de Newcastle—que vayan á verme.»

Y como aludiera Fox á las próximas elecciones generales cuya fecha se acercaba, y preguntase á quiénes se había de dar los distritos pertenecientes al ministerio, «de nada os inquieteis, le contestó el Duque, porque todo está ya convenido y conforme.»

Esto era pedir demasiado á la naturaleza humana, y Fox rehusó el cargo de secretario de Estado bajo

tales condiciones. El Duque llamó entonces á sir Tomás Robinson, personaje inofensivo y escaso de luces, y cuyo nombre casi está olvidado, y le confió la dirección de la Cámara de los Comunes.

Al regresar Pitt de Bath, dió muestras de mucha moderacion por más que rebosara su alma de resentimiento: no se quejó de que lo hubieran eliminado; pero dijo sin ambages que Fox era el más á propósito para dirigir la Cámara. Y reconciliados los dos rivales por intereses y enemistades comunes, concertaron un plan de operaciones para la próxima legislatura.

—«Dirigirnos sir Tomás Robinson!—decía mister Pitt á Mr. Fox;—ya lo veremos.»

Llegó la época de las elecciones, y aun cuando fueron las de 1754 favorables al gobierno, el aspecto de los negocios comenzó á ser amenazador en el extranjero. En la India, ingleses y franceses no hacian sino reñir batallas desde la paz de Aquisgram, conducta que imitaban á la sazón en América. Fácil era prever que se acercaban tiempos de mucha turbacion, y que se necesitaban para ese caso en el poder hombres de otras condiciones que lo eran Robinson y el duque de Newcastle.

Las Cámaras se reunieron durante Noviembre, y ántes de acabar el mes, se hallaba ya tan quebrantado el nuevo secretario á impulso de los golpes certeros del pagador general del ejército y del ministro de la Guerra, que sólo anhelaba dejar el puesto. Fox atacaba con violencia y acritud; Pitt con desprecio compasivo hácia sir Tomás Robinson; pero dirigiendo siempre la puntería del lado de Newcastle, permitiéndose decir cierta ocasion con voz de trueno que no se reunian únicamente los Comunes para conocer y archivar las disposi-

ciones de un súbdito harto poderoso. El Duque no sabía con esto lo que le pasaba, y así temía destituir á los rebeldes como elevarlos; pero siendo necesario resolver algo en tan crítica circunstancia, prefirió á Fox, considerándolo ménos altivo é intratable que Pitt, y le ofreció un puesto en el gabinete bajo la condicion precisa de apoyar eficazmente al ministerio en la Cámara. En mal hora para su fama y su fortuna renunció Fox á su alianza con Pitt y aceptó la promesa del duque de Newcastle, porque jamás se lo perdonó.

Sir Tomas, con el auxilio de Mr. Fox, logró salir aquel año del mal paso. Pitt esperó. Las negociaciones pendientes entre Francia é Inglaterra tomaban cada dia peor aspecto. Al concluir la legislatura envió S. M. un Mensaje á la Cámara, diciendo que se habia visto en la necesidad de hacer preparativos de guerra. La Cámara contestó dando las gracias y votando los créditos necesarios. Pero en el intervalo de las dos legislaturas, sucesos desastrosos aumentaron la enemiga de las dos naciones rivales; y como fuera detenido un convoy de tropas inglesas que iba la vuelta de América, y caído en poder de los ingleses muchos barcos mercantes del comercio frances en los mares de las Indias occidentales, se hizo inminente la declaracion de guerra.

El primer cuidado del Rey fué poner á cubierto de cualquier contratiempo el Hannover, y Newcastle, que se mostraba dispuesto á contentar y satisfacer en todo á S. M., celebró, segun costumbre de aquel tiempo, tratados con varios príncipes alemanes, obligándose á comprarles reclutas para el ejército. Demas de esto, como habia recelos de que Federico II se preocupaba mucho de los Estados electorales de su tío, hicieron de modo los ministros

ingleses que la Rusia tomara una actitud amenazadora respecto de la Prusia.

Cuando fueron conocidas las condiciones de estos tratados, se levantó un rumor en todo el reino que pronosticaba recia tempestad. Comenzó el conflicto con la oposicion que halló el duque de Newcastle por parte de los mismos á quienes habia siempre considerado por instrumentos suyos: el canciller del Sello, Legge, se negó á firmar los honos del Tesoro para que fueran eficaces los tratados, y aquellas personas que gozaban de la confianza del príncipe de Gales y de su madre proferian sin empacho las palabras más agresivas. Perplejo entonces y sin saber qué hacerse, Newcastle llamó á Pitt, le abrazó, le sonrió, lloró y le dijo cuantas palabras más lisonjeras supo, y lo abrumó con los cumplidos más pomposos y las promesas más brillantes. El mismo Rey, que siempre habia estado tan mal dispuesto hácia Pitt, se mostraria en la primera audiencia lleno de afecto á su persona. El pagador general entraria en el gabinete, seria el asesor universal de sus colegas, y todo á cambio de una sola cosa: de su benevolencia, de su apoyo ante la Cámara de los Comunes del subsidio estipulado con el de Hesse. Pero todo fué inútil, y Pitt rehusó el puesto friamente, dando muestras de su respeto hácia el Monarca, y añadiendo que si S. M. tenia grande interes personal en el tratado con Hesse, él se complaceria en secundarlo.

—«Perfectamente,—le contestó el duque;—¿y el subsidio ruso?»

—«No, porque no estoy dispuesto á ver erigidos en sistema los subsidios.»

En vano fué que acudiera en auxilio de Newcastle lord Hardwicke, porque Pitt permaneció inflexible;

y como Murray nada queria sino en la magistratura, y Robinson era impotente para la lucha, el jefe del gabinete se dirigió de nuevo á Fox, nombrándolo secretario de Estado, revistiéndolo de las condiciones necesarias á ejercer la direccion de la Cámara de los Comunes, y trasladó á sir Tomas á Irlanda con un cargo relativo á la posicion que abandonaba.

Las Cámaras se reunieron el mes de Diciembre de 1575. La expectacion pública era imensa, porque al cabo de diez años iba á verse una oposicion apoyada por el heredero presuntivo del trono, y á cuyo frente aparecia el orador más brillante de la época. En efecto, la discusion del mensaje dió lugar á una de las batallas parlamentarias más memorables de aquel tiempo, habiendo comenzado á las tres de la tarde y acabado á las cinco de la siguiente. Durante la noche pronunció Gerardo Hamilton el discurso que tanta fama le dió, eclipsando con su elocuencia á todos los demas oradores, excepto á Pitt, que habló tambien por espacio de hora y media contra los subsidios con energia y éxito extraordinarios, desplegando las facultades de su ingenio, que otro tiempo puso miedo en las filas de Walpole y de Carteret, y que á la sazón se hallaba en la plenitud de su incomparable perfeccion ante un auditorio que habia perdido la costumbre de tan grandiosos espectáculos. Conocemos un fragmento de su memorable discurso, bastante bien apuntado, y es el en que compara la coalicion de Fox y de Newcastle con la union del Rhona y del Saona. «Lleváronme, dijo Pitt, á ver en Lyon el lugar aquel en donde los dos rios mezclan sus aguas y se confunden: la corriente del uno es tranquila, silenciosa y lánguida, careciendo, sin embargo, de profundidad su caudal; el

otro es un torrente impetuoso y rápido; mas, á pesar de tan grandes diferencias, al cabo se juntan.» La enmienda propuesta por la oposicion fué rechazada por gran mayoria, y Pitt y Legge quedaron separados inmediatamente de sus cargos.

La lucha continuó muy animada en la Cámara de los Comunes por espacio de algunos meses; y aún cuando hubo luchas muy empeñadas en orden al presupuesto de gastos, y más aún cuando se trató de los subsidios, el gobierno tuvo siempre mayoria. Sin embargo, como la fama y la elocuencia de Pitt y el prestigio de su nombre iban creciendo de una manera extraordinaria, y los acontecimientos que siguieron á la legislatura fueron de tanta trascendencia, se hizo á todos evidente que sólo él podia dirigir el Parlamento y gobernar la nacion.

La guerra comenzó en todas las partes del mundo de una manera desastrosa para la Gran Bretaña, y aún más que desastrosa, llena de ignominia. La pérdida más humillante que sufrió fué la de Menorca. Porque el duque de Richelieu, que pasó la vida desde los diez y seis años á los sesenta ocupado de conquistas amorosas, desembarcó en la isla y se apoderó de ella; y aún cuando salió de Gibraltar con refuerzos para Mahon el almirante Byng, como no creyera oportuno trabar batalla con la escuadra francesa, regresó sin realizar su proyecto. La nacion llegó con esto al paroxismo de la locura, y la tormenta estalló con tanta impetuosidad que puso miedo á los mismos que aún recordaban los tiempos de la Sisa y de la Compañía del Mar del Sur: la prensa no publicaba sino libelos y caricaturas; las paredes se veian tapizadas de pasquines; la City de Lóndres gritaba venganza, y el eco de sus gritos volvia de los extremos de Inglaterra; y los condados